

LA PRIMA

O CÓMO SERÁ MI PIEL JUNTO A TU PIEL

DE CARA AL VIDEO

La prima o cómo será mi piel junto a tu piel

De Stella Rayek

La piel de esta novela es tersa y sonora como el timbal que dialoga con la orquesta en la Novena Sinfonía de Beethoven. Habla por sí misma y en contrapunto responde a las antiguas preguntas sobre el amor y el desamor, la seducción y el desencanto, la sempiterna pareja que se junta y separa en la válvula cruel de la vida fugaz. Bajo su lisa apariencia tiene pliegues, hendiduras y pequeñas salientes que facilitan el tacto de las superficies que componen la realidad de la mujer –de cualquier ser humano- en un tiempo marcado por las paradojas del egoísmo consumista y la necesidad de reafirmar valores esenciales para vivir dignamente. Hay asimismo en esta obra surcos profundos, como las bolsas oscuras donde pagan sus culpas las almas condenadas en el infierno del Dante. Allí caerá en su momento Mila, la prima ambiciosa de la narradora, arrastrando consigo al marido infiel, a la esposa engañada y finalmente a todos los personajes que, humanos más que humanos, gozan, sufren, pecan por acción u omisión, penan castigos, se queman y anhelan la salvación imposible

Con esta novela Stella Rayek alcanza una nueva altura en su quehacer narrativo, ya probado desde *Los ojos de los ojos* y confirmado plenamente en *Entre el*

torrente y el pedregal, ambas publicadas en México y traducidas en Italia; obras donde se encuentran muchas de las claves básicas de su poética para explicar y recrear el mundo de este cambio de época. Nuestra autora va ahora más adentro quizás, porque aborda aquí otra dimensión de la intimidad más compleja, secreta y en ocasiones incognoscible para uno mismo, en la que se mueve no sólo el consciente tiránico que controla el raciocinio, sino pugna sin cesar el inconsciente rebelde que ama la libertad absoluta de la pasión irrestricta.

Se trata, sin duda, de un reto artístico, porque la literatura no es un espejo de las teorías freudianas, sino un modo de inventar otra vez el invento permanente de la vida, hecha de sorpresas e inquietudes, rupturas y brechas nuevas hacia lo desconocido que de antemano se conoce. ¿Cómo afrontar, nos preguntaríamos, de modo novedoso y nada cursi, el conflictivo tema del triángulo amoroso, tantas veces tratado magistralmente en obras capitales, como *Madame Bovary*, de Flaubert, *El eterno marido*, de Dostoievski y *Ana Karenina*, de Tolstoi, sin contar las infinitas versiones contemporáneas? La historia puede ser sencilla y para algunos una especie de *déjà vu*, porque parece ser más frecuente en estos días de traición y desenfreno, aunque también se remonta a Semiramis, quien dio rienda suelta a la lujuria en su mítico reino. Frente a todo eso emerge segura la obra de Stella Rayek, que retoma el conflicto y lo traza sobre el plexo solar de nuestros días, donde el alma se asienta y el deseo es pasión, ira, rendición, tristeza y renovación.

Más allá de la anécdota -siempre bien llevada, ambientada y contada exquisitamente por la autora-, esta novela quiere ir al fondo de la piel táctil y protectora que nos cubre, para adentrarse en la dermis profunda donde vibran los puntos nodales del sentir y el pensar. El personaje de Mila, la prima, esa tercera en disputa, retrata con precisión a un tipo de mujer, o asimismo de hombre, que como el alacrán de la fábula pica mortalmente a quien intenta salvarlo, porque tal es su naturaleza aunque con eso pierda igualmente la vida. Por su parte el marido, Joächim Claude, sesentón solitario e inseguro, procedente de una élite brasileña, huye de su vejez para refugiarse en un amor pasional e hipnótico, y se debate entre la rutina agobiante y la pasión repentina que encuentra en la prima recién llegada de otra parte del mundo. Víctima y cómplice del adulterio, se enreda en las artes de aquella especie de Aracne en cuyo tapiz se dibujan las infidelidades de los dioses, hasta caer en la red de la que sólo podría salvarlo la esposa que, como Palas Atenea, por amor o piedad tal vez le redima de esa soga asfixiante.

Pero el centro de este triángulo es justamente Clarice, de origen árabe, la esposa de Joächim Claude, con quien se casó para huir de su país en guerra y que, vive ahora entre Río de Janeiro y Sao Paulo, amando la poesía modernista de Manuel Bandeira, *las almas son incommunicables, / deja a tu cuerpo entenderse con otro cuerpo. / Porque los cuerpos se entienden, pero las almas no.* Ella sabe que hay en

este inmenso país y aún más allá otras respuestas a su sed de vivir, acaso en el *candomblé*, magia y esoterismo de Bahía, expresiones sincréticas del misterio y la magia, o en la voz de Iemanjá, que habla por medio de caracoles marinos. Clarice tiene una gran belleza, es una activa y culta escritora, un personaje que está siempre en busca de la verdad, estudiando la complejidad de la vida en sociedad. Ella tiene que enfrentar no el reto de Mila, una mujer que le es inferior, incluso físicamente, aunque haya hechizado a su esposo, sino el problema esencial del ser humano, esto es, la afirmación de su dignidad. No es la tradicional esposa engañada, que sufre pasivamente los desvaríos de su compañero, sino el punto exacto donde, como en Nicolás de Cusa, se invierte el simbolismo alquímico del aire para colocar hacia abajo el vértice del triángulo, asentándolo en el agua y la tierra, esto es, en la sabiduría ancestral de la mujer, capaz de transmutar la huella original del pecado en la renovación del ser donde se habita.

Clarice atraviesa el infierno del voyeurismo, los celos, las artes de la magia, pero va configurando su propia respuesta. Sabe que, como en el laberinto egipcio de Arsinoe, la vida está hecha de muros, tumbas, pirámides y palacios a la orilla de un lago cuya entrada debe encontrar en el interior de sí misma. La novela describe entonces otra forma de aprendizaje, una manera de reciclar lo ya sabido y un modo de alcanzar la paz que no es olvido, ni perdón, ni aceptación, ni anomia, sino ascenso al monte inaccesible de su condición humana. Clarice fue

lacerada por la daga de la traición pero, como ocurría con la espada de Aquiles, recibió con el golpe a la vez la curación, y el lugar de su herida está ahora abierto como un signo de nuevas interrogaciones al tiempo y al misterio de la vida.

Obra de permanente actualidad, *La prima o cómo será mi piel junto a tu piel* dialoga con el lector y, junto a la belleza del estilo, ofrece un registro de emociones que le harán pensar en el sentido último de las cosas y personas que nos rodean. Aquí encontrará diversos puntos de vista, hábilmente mezclados, para que se escuchen las voces de los personajes, desde la subjetividad que desnuda los sentimientos hasta la narración objetiva que distancia los hechos y los encuadra en la perspectiva de la realidad exterior. Pero también se escucha el sonido subterráneo de la música, el lenguaje visual del cine y el quehacer contemporáneo de los medios de comunicación, armado todo en la polifonía de la literatura que inquiere, alienta y demanda el rugido voluptuoso del alma y el cuerpo con que se vive y se arrastra la aventura individual.

Finalmente, nos dice Stella Khabié-Rayek, todo es un largo viaje, no sabemos de dónde venimos, por qué pasan cosas extrañas pero cotidianas, ni conocemos bien hacia donde nos dirigimos. Sólo tenemos la finitud y la esperanza, que nos atormentan y elevan; el amor que es efímero pero eterno también, y los versos de Omar Khayyam, el persa que nos enseñó a sentir el dulce aguijón de la existencia:

**Pasó el ayer, no guardes de él recuerdo,
Por el mañana que no ha llegado no estés inquieto.
No te apoyes en lo no sucedido ni en lo que fue,
Sé alegre, que no se lleve tu vida el viento.**

**Miguel Cossío Woodward,
Invierno de 2010**

I

**Los videos aguardan sobre la mesa de noche. No hay tal espera sin la ansiedad
que está detrás de ella. Porque no son mis recuerdos formulados en un CD, no es**

mi cuerpo el que allí argumenta enderezando la espalda curva ni la vergüenza o el deseo de ver el espectáculo. No es escuchar los gemidos, el sonido, lo que encauza el órgano gustable ni los fluidos que secreta, tampoco es que yo sea en apariencia otra, alguien que señale mis apetitos mojándolos con ese impulso que proviene de fuera y cuya eficacia me conduce a las letras coloradas de mi apetencia. No. Nada. Sólo soy esa Clarice de cincuenta años, mi verdad clara y negativa como el negativo de un video en blanco y negro, eso sí, con ropa interior de acuerdo a los cánones de la película, teniendo en cuenta que estas maniobras caducan si no me abrazo a ellas.

Joachim Claude en su sillón de piel, mirando la tele apagada y el prestigio infiel de una cuerda rota, cuerda que se rompió en el momento mismo de la entrada de la mujer a esta habitación. La certeza del momento. Lo que provocó las antenas y hélice de mi calendario.

La vi llegar, cara de puerta cerrada y falda larga. Ya se había puesto el sol y su llegada fue como el canto de un niño con pesadillas. Cerré la puerta y traté de poner mi mejor cara que cambiaba de color al respirar. El cuarto de visitas está listo para ti, le dije... aquí tienes tu casa. Y en ese mismo momento dictaba yo mi sentencia. Abrí las cortinas, también la ventana, a pesar del intenso frío en la alcoba cerrada desde hacía tiempo.

Espero que te sientas a gusto aquí, dije en mi idioma natal que se me dificultaba a estas alturas. Después de tantos años fuera del propio país, se pierde la agilidad para expresarse en la lengua materna. Se sentó en el sillón de seda gris con incrustaciones en color plata y oro. De lado, con las piernas clavadas en el piso de madera recién lustrada.

¿Seguro que no se te apetece comer algo?, le pregunté. Enseguida vendrá Eremita con la jarra de agua para la noche. Por favor, sé libre de pedirle todo lo que quieras. Estás en tu casa, volví a decir.

¡Qué farsante me vi! Qué comediante, y falsa y... Pero yo me comportaba así; tenía la costumbre de hacerlo, era yo todo un manual de buenas conductas de la gente bien educada...

Está bien tu primita, me dijo Joächim Claude. ¿Bien? ¿Qué quiso decir con eso? ¿Que es bonita? No lo es. ¿Qué es buena? ¿Buena para quién?, me pregunto. Y ya no tiene nada de primita, ya tiene cuántos, ¿cuarenta y siete? ¿Cuarenta y ocho? Sí. Ya no es ninguna niña. Está bien tu primita me dijo, y esto me fastidió el oído por mucho tiempo. ¡La insolencia de las palabras! Sentí que me hartaba de ellas. ¡Cómo hablamos por hablar! Y el tema, fuese cual fuese, se nos escapa de las manos, ¿qué digo?, de la boca.

Entonces experimenté una parvedad inevitable. Me urgía extirpar el aire sostenido. Miré por la ventana, tenía la costumbre de mirar por la ventana, lo hacía con frecuencia y era para distraerme de mí misma. Miré, y el ciruelo del jardín me pareció más oscuro, más marrón, metido hasta el cuello, plantado hacia sus adentros. Las flores nías entre las ramas castaías presentaban una mañana veloz que se esconde de la noche oscura. Este ciruelo lo había plantado yo. El ciruelo creció, llegó a dar frutos cada dos años pero nunca probamos las ciruelas, se las llevaba el jardinero poniendo punto final a la cosecha.

Todo parecía gris desde la ventana del avión que me transportaba a California. En las alturas veía dibujarse lengüetas de tierra sobre las aguas del Pacífico y en el corazón una mezcla de bondad se fusionaba con el miedo al terrorismo, fragmentando mentes en flashazos de noticias de la CNN. Un pasajero de clase turista se pasó repentinamente a Primera. Sobresalto, pánico, en espera de lo peor; que se metiera a la cabina del piloto. No fue así. Sólo entró al baño y unos minutos después salía campante, frotándose las manos, la sonrisa limpia. Volvió la aparente tranquilidad. No debía preocuparme tanto, a todos nos habían hecho

una revisión exhaustiva. De pies a cabeza. Fuera zapatos, cinturones, encendedores, plumas...

Pensé en la sonrisa del pasajero de la clase turista, pensé en la sonrisa limpia; pero eso no quería decir falta de maldad. También los delincuentes sonríen, aunque rara vez porque son infelices, igual o más que sus víctimas. Los verdugos también sonríen, pensé. Y la Prima también.

Sólo falta llegar a Los Ángeles sin hombres bomba, sin estrellarnos, contando con la buena voluntad de Al Qaeda y Osama Ben Laden, amén. La noche anterior había dejado todo en orden en casa. Puse mis joyas en los lugares que les corresponden, es decir, en los menos apropiados, por ejemplo, adentro del pollo en el congelador, el pollo que lleva una liga azul, así lo dejé escrito en la carta a mi hija. Además, en la misma carta expresaba mi voluntad de la forma en que se repartirían mis joyas. El collar de rubíes, por supuesto, para mi hija. Era una especie de testamento, y porque no quería yo soltar las riendas ni siquiera después de. En el cajón de mi escritorio, en primera plana, permanecía la famosa carta, “Ábrase en presencia de Clara, João y Heitor, Mis Hijos” así lo escribí. Luego pensé que tal vez debería dejarlo todo al azar, a la suerte de quién lo encontrara, me refiero a las joyas y el dinero; era una buena suma de dólares adentro del sillón verde, y que se hiciera lo propio como se fuera dando. Finalmente, ¿a quién le importaba? Après moi le déluge, acostumbraba pensar esta frase en mi idioma; Después de mí el diluvio, se había vuelto una manera de lavarme las manos. Además, me gustaba que me pobretearan, que dijeran: murió tan joven que no tuvo tiempo para ordenar sus cosas, aquello de pobrecita, salva de todas las críticas posibles, reviste a la persona de santidad, al mismo tiempo la pone en el lugar de los intocables. La noche anterior, decía, había cerrado las llaves del gas, el switch de la luz, el grifo del agua. Todo estaba bajo control menos yo y mis nervios, a pesar de las dos copas de vino del desayuno que ni siquiera toqué. Eso sí, comí almendras y cacahuates, un tazón y otro, y uno más que guardé en mi bolso parecido a un tonel.

Llevo sobre el hombro izquierdo el famoso bolso, y cuando me canso lo paso al derecho. El otro día me percaté que tenía ahora una profunda hendidura en el hombro izquierdo, una oquedad enorme flanqueada por dos huesos. Eso me preocupa, más que los propósitos de AlKaeda conmigo, después de todo, un atentado en mi avión precisamente era poco probable, les pasaba a otros, a mí no. En cambio, la hendidura en el hombro era una certeza y sería el primer defecto que vería aquel que todavía no conozco y que llegará pronto. Lo sé, estoy segura que eso cambiará mi vida. Será la casualidad, el viaje, la angustia... bueno, la casualidad y la angustia y los años que se van.

La vi sentada en el sillón de seda gris con adornos color plata y oro, ¿De verdad no quieres comer algo? Puedes disponer de todo. Farsante y más, me reconocí. Entonces comencé a reprocharme los errores cometidos. No, no fue una traición, fue simplemente el desarrollo de una visión agreste, algo que tenía que ocurrir y su olor a resignación ante lo irrevocable. Porque demasiada miel empalaga. Y el viento castiga esa gustosa dulzura. Así consideraba mi vida, a la par de la miel, adhiriéndose a mi paladar. Decía yo que esperaba ese algo que me hiciera tan infeliz que mi conciencia por fin descansaría. Era preciso sufrir. Al fin seré como tantos millones, sufriré como ellos, cosa infame y mezquina, me convertiré en vida. Era grotescamente real. En mis adentros, la miré. La miré con temor, y luego con desdén.

Bajó las escaleras, cara de puerta cerrada y la misma falda larga. Su camiserita daba la impresión de un instante suelto, sin esmero, sin diligencia. Desayunamos. La plática, más que forzada, se volvía un desahogo insufrible. Habló de la guerra en mi país, de las dificultades para conseguir alimento y casa, ya ni se diga para encontrar empleo. Dijo que la familia se había esparcido por doquier alejándose de la difícil situación. ¿Y mi tía?, le pregunté, como si de repente me acordara de ella, pues había dejado de relacionarla con la recién llegada. Mi madre se quedó, dijo ella. Se quedó y, si pasara lo inevitable, allí moriría. El rigor de las ideas que sólo pueden subsistir en aquellas personas aferradas a su identidad, pensé.

También habló de su viaje en barco y, entre balbuceo y zozobra, llegó hasta Turquía. Se expresaba con timidez. Sus ojos eran trozos dispersos del mundo. Yo fijaba mi mente en ella, la consolidaba como adhesivo para no remontarme a aquello que fue mi principio en este nuevo espacio. Pero, aún así, veía desfilan la totalidad de mi historia en esos ojos como trozos dispersos. Conjunto real de preclaros emblemas de una joven recién llegada al país de las maravillas.

¿Que si me apetecía? ¿Qué si quisiera ser ella en este momento? Ella, su inexperiencia y timidez, cara de puerta cerrada y falda larga. Mi vida sumergida en el fondo del Mediterráneo, o bien, como el ciruelo de mi jardín, plantada bien adentro empujando raíces, escindiendo luces, reclamando a gritos un hasta aquí. Sentí la urgencia de mi cuerpo en el outfit demandante de gimnasia y caminatas cotidianas. Entonces, abandoné por un momento el orden o desorden de mis pensamientos y me fui, sin decirle a mi Prima que me acompañase, sin pasar por protocolos ni reglas de sociedad